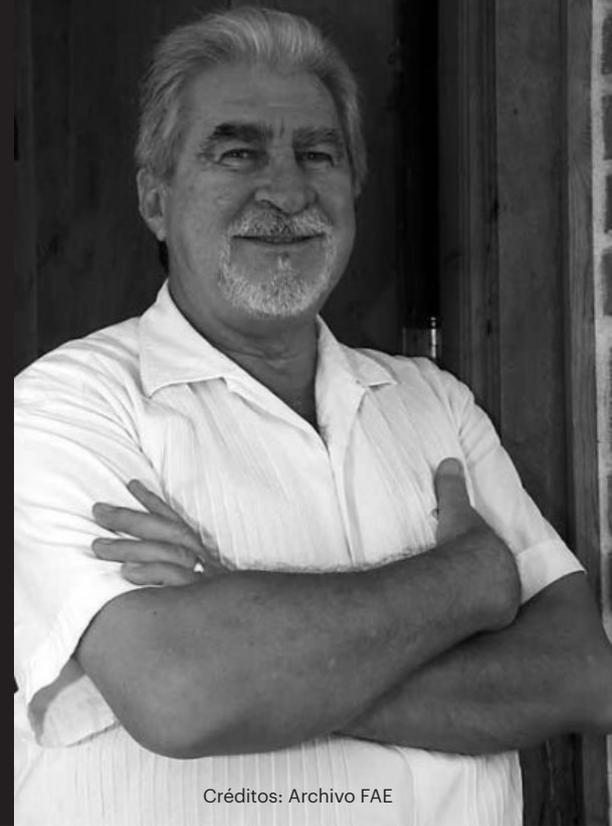


VIRGILIO LEOS: LEGADO DE ARTE Y PASIÓN POR LA ESCENA

Por Jeany J. Carrizales¹



Créditos: Archivo FAE

Cuando pienso en los inicios de mi formación teatral, el primer nombre que se enciende con la fuerza de un reflector es el de Virgilio Leos. No hablo del hombre que las crónicas describen como actor, director y fundador de la carrera en la que hoy tengo la dicha de ejercer, sino de la voz que abrió para mí y para muchas personas la puerta donde el teatro dejaba de ser un sueño para transformarse en una verdad. Fue él quien me mostró que el escenario no es un lugar donde se finge, sino donde se respira con todas las fibras del cuerpo y donde cada cosa encuentra su lugar.

Recuerdo con nitidez sus clases: el rigor, la paciencia y, a la vez, la alegría y el desenfado con los que impartía cátedra. Con él no había espacio para la comodidad ni para el “hacer como que”. Nos mostraba que el teatro era entrega total y que solo desde ahí podía aparecer la belleza. Virgilio era maestro en el sentido más profundo de la palabra: alguien que no solo transmitía conocimientos, sino que transformaba la manera de mirar.

Lo que hacía único al maestro Virgilio era su amplio conocimiento de todas las formas del arte y su capacidad para aplicarlas al teatro. Llegaba con libros, películas, imágenes, palabras, anécdotas, y con la certeza de que cada alumno podía explorar el arte desde todas sus aristas. Conocía la escena mexicana como pocos, había convivido con grandes figuras del teatro y sabía exactamente lo que significaba ser artista y maestro a la vez. Esa riqueza se transmitía sin pretensión, con humildad, alegría y la generosidad de quien sabe lo que tiene y lo comparte.

Gracias a él entendí que el trabajo teatral no se reduce a montar una obra, sino a construirla con respeto absoluto por el escenario, el público, el equipo y por uno

mismo. Por él aprendí a cortar una luz, a manejar una consola, a buscar un jarrón en todos los bazares y anticuarios de la ciudad, a montar escenografía y poner la utilería en su lugar dos horas antes de la función; a alegrarme cuando vendía todos los boletos de Plaza Fátima y a saber que venderíamos pocos el domingo de fútbol. Y también, en gran medida, por él decidí ser escenógrafa.

Su formación como arquitecto se reflejaba constantemente: enseñaba a pensar el espacio, la forma, la luz y la emoción como un todo inseparable. Me inspiró a no conformarme, a buscar mi esencia, a entender y ver la escenografía con conciencia y emoción. Esa enseñanza sigue viva en mi trabajo actual: cuando diseño espacios y cuando guío a mis estudiantes e intento recordarles el empeño que requiere el teatro.

Lo que más admiraba en Virgilio Leos era su manera de vincular el arte con la vida. No se trataba de “representar” la realidad, sino de encarnar lo que deseamos ser en ella. En su presencia comprendí que el teatro no es un oficio decorativo: es una forma de resistencia, de memoria, de humanidad; un maestro puede cambiar la trayectoria de vidas enteras con su mirada, sus palabras y su ejemplo.

Hoy, al mirar hacia atrás, puedo reconocer en sus enseñanzas a todos los que tuvimos la fortuna de cruzarnos con él. Aquel que encendió la chispa que nos mantiene en el sendero del teatro y nos legó pasión, conocimiento y un compromiso profundo con nuestra profesión. Más allá de los homenajes oficiales, lo recuerdo en lo íntimo de un aula: como el maestro que me regaló su tiempo y su conocimiento, ayudándome a encontrar mi camino, por el que le agradeceré eternamente.

¹ Escenógrafa, investigadora teatral y docente con más de 20 años de trayectoria. Es especialista en teatro mexicano y en la creación de espacios escénicos para teatro, danza y ópera. Su trabajo como productora y directora artística se ha presentado en escenarios nacionales e internacionales, consolidándola como un referente del teatro en Nuevo León.

